

LA MIRADA DESNUDA QUE DESNUDA AL MIRAR

Detenerse en silencio y pensar. Detenerse en silencio y hablar. Detenerse en silencio y amar. Detenerse en silencio es ya en sí mismo un acto subversivo. Detenerse en silencio es no producir y no consumir. «Lo inútil aún es factible; / lo improductivo, lo irreductible a mercancía». Provocar un acto subversivo compartiendo reflexión y sentimientos.

La poesía está en cualquier parte y todo es susceptible de ser poetizado. «¿En qué fijarnos?». Fijarnos en el aquí y ahora. Salir a la calle a buscar la poesía. Encontrarla en el supermercado, en el hospital, en el parque, en el metro, en el periódico, en la oficina... Estar dispuesto a llevar hasta el final una «acción de terrorismo cultural» como «detenerse / a leer / sentado en un banco / en la calle / un libro viejo y gastado» o escribir poesía que piense el aquí y ahora, poesía que señale e invite a la acción, poesía que incida. Enredarse en la madeja de los que tiran del hilo hasta mancharse.

Alentar la vida y la esperanza. La confianza en que algún día nos sacudiremos el «complejo de átomos» y desbordaremos el laboratorio, pero espetarnos a la cara que por ahora «miramos el despilfarro / como quien tras comer eructa». Ser consciente de todo esto a la vez, encontrar la contradicción y explicarla es mirarnos de frente buscando la verdad, sin miedo, sin piedad.

Esta es la mirada que mira al árbol y encuentra vida amenazada, en lugar de madera y resina; la que mira al hombre y encuentra explotación y aislamiento, en lugar de consumidores, productores y votantes; la que mira al río y encuentra «una

grieta de vida irrumpe en este mar de cemento». Es la mirada que perfora, busca hasta el fondo, hasta la raíz. Es la perspectiva radical del mirar hasta el corazón de las cosas. Pero también es una experiencia que convoca a mirar de otra forma. Convoca a desenvolver celofanes y no confiar en los edulcorantes para no consumir «sucedáneos de vida»; es una experiencia que convoca a la vida. A vivirla y a defenderla frente a quien «sólo entiende de cifras», frente a quien sigue buscando «con qué moneda comprar la vida».

Se pregunta, y nos pregunta, «¿en qué instante comenzamos a perder la mirada?», cuándo nos robaron la capacidad de sorprendernos, de emocionarnos, de amarnos sin pedir nada a cambio, de ser ingenuos, por qué no, de confiar y de entregarnos, cuándo empieza a surtir efecto en cada una de nosotras «la estrategia del miedo», cuándo empezamos a aislarnos y a vivir esa «existencia descafeinada» con la que nos conformamos, a la que nos resignamos «ajenos a nuestra propia vida».

El dolor como conciencia de la existencia. El dolor nos marca y nos recuerda que somos carne, huesos, músculos, fibras... El dolor nos dice que no somos un número. Nos dice que sentimos y que estamos vivos. El dolor nos hace humanos, nos diferencia de las máquinas, y nos hace ser conscientes de nuestra propia vulnerabilidad, de nuestra dependencia, de que no existimos sin nosotros. De que soy porque somos. Es el dolor que produce la injusticia el que nos lleva a la solidaridad. Tu dolor es mi dolor, es nuestro dolor, viva en el barrio de al lado, en el pueblo de al lado o en el continente de al lado.

El planeta sufre y se duele por ese «horizonte desbrujulado» al que lo llevan, al que lo llevamos, y su dolor es el nuestro. La humanidad se duele de sequías y cambio climático, de pobreza y capitalismo, de hambre y de opulencia, de guerras e imperialismo. Nos duele ser parte de «una sociedad que no entiende de caricias». Es un dolor crónico, sin cura conocida, que nos empuja a una resistencia crónica, aquí y ahora, porque «nacem del presente los sueños».

Sin aspavientos retóricos, ser sencillo, claro y expresivo. Alberto piensa en plural, con ese sujeto presente en cada poema, en forma de nosotros o de yo colectivo. Nos convoca a mirar y mirarnos, a analizar y analizarnos. A construir un discurso colectivo desde lo más íntimo, sin perder la voz, pero sin venderla al individualismo. Es la voz de la experiencia metabolizada en discurso. En discurso colectivo que invita a la reflexión y la acción.

Alberto nos convoca a la resistencia en plural. Nos convoca a las resistencias. A no dejarnos llevar por la corriente. A la búsqueda de lo esencial frente a lo superfluo. A mirar detrás de las ofertas, las luces de neón y el consumo; a traspasarlo. A abrazarnos, besarnos y regalarnos ternura. A amarnos sin tregua. A no dejar de llamar a las cosas por su nombre. A ser nosotros. A aprender a andar de nuevo las veces que haga falta, y sobre todo, a aprender a levantarnos. Aprender a superar cada obstáculo y no dejar nunca de levantarnos y caminar hacia adelante. Aunque duela.

Álvaro Tejero Barrio